

June 7, 2020

The Solemnity of the Most Holy Trinity

Dear Brothers and Sisters in Christ,

Blessed be the Kingdom of the Father, and of the Son, and of the Holy Spirit now and forever! The Universal Church celebrates the Solemnity of the Most Holy Trinity today. The central mystery of our faith is that our One God is a communion of Three Persons – Father, Son, and Holy Spirit, an eternal communion of love. On this festive occasion, we are also conscious of much societal unrest sparked by the cruel death of George Floyd. When confronted by injustice, discrimination, and civil unrest, it is incumbent upon us to recall fundamental truths of our faith that we might confidently, gently, and boldly work for the further establishment of the Kingdom of God, which is a Kingdom of justice, love, and peace.

As Catholics, we firmly believe in the dignity of every person in virtue of being created in the image and likeness of God, a truth which unites all persons in all our diversity. This truth calls us to work for an end to all injustice and racial enmity and discord in our community, our state, our nation, and our world. Confronting injustice is not an easy task, afflicted as we all are by sin and its effects. We begin this task by recalling the first two commandments: love God and love neighbor. In His Teaching, Jesus connects these two commandments for a reason. They are intimately linked. We cannot love God without truly loving our neighbor, and, as Jesus reminds us in the Parable of the Good Samaritan, our neighbor includes every human created in the image and likeness of God. Likewise, we cannot love our neighbor without truly loving God, which involves patterning our lives on His commandments which direct and guide us in the way of justice and love.

Moreover, rightful authority and laws are established for the sake of justice and love, to guide us, and hold us accountable in our treatment of our neighbors. Those in public office and in various public service roles have a responsibility to uphold just laws and to ensure the protection of the weak and the vulnerable. When power is abused, we rightly experience fear and anger. However, the temptation to respond to the abuse of power by lawlessness and violence is just that, a temptation which threatens the societal stability necessary to protect the weak and the vulnerable. As the People of God, we are called to respond not in fear and anger alone but more importantly by turning to Our Lord for wisdom and fortitude, a divine wisdom and fortitude that empower us to hold authority accountable in ways that further the kingdom of justice, love, and peace.

True justice and peace are our collective responsibility, and we Catholics are impelled by the love of Christ to work together in humility to further the cause of true justice and peace. Because of the promised guidance of the Holy Spirit, the Paraclete, we are a people of joyful hope, who press forward confident that sin and death will not have the last word. As missionary disciples, we recall both Jesus' command to go forth and preach the Kingdom and also His promise to be with us until He comes again in glory.

In Christ,

Rev. Luís Alberto Cáceres and Rev. Henry Finch

7 de junio, 2020

La Solemnidad de la Santísima Trinidad

Queridos Hermanos y Hermanas en Cristo,

¡Bendito sea el Reino del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo ahora y siempre! La Iglesia Universal celebra hoy la Solemnidad de la Santísima Trinidad. El misterio central de nuestra fe es que nuestro Dios Único es una comunión de tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, una comunión eterna de amor. En esta ocasión festiva, también somos conscientes de muchos disturbios sociales provocados por la muerte cruel de George Floyd. Cuando nos enfrentamos a la injusticia, la discriminación y los disturbios civiles, nos corresponde recordar las verdades fundamentales de nuestra fe para que podamos trabajar con confianza, gentileza y audacia para un mayor establecimiento del Reino de Dios, que es un Reino de justicia, amor y paz.

Como Católicos, creemos firmemente en la dignidad de cada persona en virtud de ser creados al imagen y semejanza de Dios, una verdad que une a todas las personas en toda nuestra diversidad. Esta verdad nos llama a trabajar por el fin de toda injusticia, enemistad racial y discordia en nuestra comunidad, nuestro estado, nuestra nación y nuestro mundo. Enfrentar la injusticia no es una tarea fácil, como todos estamos afectados por el pecado y sus efectos. Comenzamos esta tarea recordando los dos primeros mandamientos: amar a Dios y amar al prójimo. En su enseñanza, Jesús conecta estos dos mandamientos por una razón. Están íntimamente vinculados. No podemos amar a Dios sin amar verdaderamente a nuestro prójimo y, como Jesús nos recuerda en la Parábola del Buen Samaritano, nuestro prójimo incluye a todos los humanos creados al imagen y semejanza de Dios. Del mismo modo, no podemos amar a nuestro prójimo sin realmente amar a Dios, lo que implica modelar nuestras vidas según sus mandamientos que nos dirigen y guían en el camino de la justicia y el amor.

Además, la autoridad y las leyes legítimas se establecen por el bien de la justicia y el amor, para guiarnos y hacernos responsables en el tratamiento de nuestros vecinos. Quienes ocupan cargos públicos y desempeñan diversas funciones de servicio público tienen la responsabilidad de respetar las leyes justas y garantizar la protección de los débiles y los vulnerables. Cuando se abusa del poder, con razón experimentamos miedo e ira. Sin embargo, la tentación de responder al abuso de poder por la ilegalidad y la violencia es solo eso, una tentación que amenaza la estabilidad social necesaria para proteger a los débiles y vulnerables. Como pueblo de Dios, estamos llamados a responder no solo con miedo y enojo, sino más importante recurriendo a Nuestro Señor en busca de sabiduría y fortaleza, una sabiduría y fortaleza divina que nos capacitan para responsabilizar a la autoridad de manera que promueva el reino de justicia, amor y paz.

La verdadera justicia y la paz son nuestra responsabilidad colectiva, y los Católicos somos impulsados por el amor de Cristo a trabajar juntos con humildad para promover la causa de la verdadera justicia y la paz. Debido a la guía prometida del Espíritu Santo, el Paráclito, somos un pueblo de gozosa esperanza, que avanzamos confiando en que el pecado y la muerte no tendrán la última palabra. Como discípulos misioneros, recordamos tanto el mandato de Jesús de salir y predicar el Reino como su promesa de estar con nosotros hasta que Él venga nuevamente en gloria.

En Cristo,

Rev. Luís Alberto Cáceres y Rev. Henry Finch